



Onomázein

ISSN: 0717-1285

onomazein@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Rabanales, Ambrosio
EL ESPAÑOL DE CHILE: PRESENTE Y FUTURO
Onomázein, núm. 5, 2000, pp. 135-141
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134518327009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL ESPAÑOL DE CHILE: PRESENTE Y FUTURO*

Ambrosio Rabanales

Universidad de Chile

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo dar una visión sintética del español que se habla actualmente en Chile y conjeturar algunas hipótesis sobre su futuro.

Abstract

(This work offers a general view of the Spanish spoken presently in Chile and ventures some hypotheses about its future.)

El español que se habla en Chile es una variante del español estándar, como lo son las demás hablas hispánicas. Por eso decimos que hablamos español o castellano, pues, en cuanto sistema, es prácticamente el mismo, sobre todo en el nivel morfosintáctico, pero tenemos también un vocabulario básico fundamental común, esto es, un vocabulario patrimonial. En el plano fónico solo diferimos por carecer de dos fonemas: totalmente, del que representamos con la letra <z>, y casi totalmente, del que representamos con la letra <ll>; el primero sustituido por /s/, y el segundo por /y/. Se trata de los fenómenos conocidos como ‘seseo’ y ‘yeísmo’ respectivamente, herencia andaluza que compartimos con los canarios. Como la ortografía que se emplea en Chile es oficialmente la de la Real Academia Española, conservamos en ella los grafemas <z> y <ll>, independientemente de su pronunciación.

* Versión sintética, corregida y con algunas adiciones, del artículo “El español de Chile: situación actual”, publicado en César Hernández Alonso (coord.), *Historia y presente del español de América*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Pabecal, 1992: 565-587.

Se sabe que lo que da unidad a la lengua es el sistema, y este —como ya se dijo— es prácticamente el mismo para todo el mundo hispánico. Las discrepancias caracterizadoras de las distintas hablas ocurren en el nivel de norma, esto es, en la realización —condicionada por diversos factores— del sistema. Es sabido que toda lengua es plurinormativa.

Estos factores son el tiempo en que se realiza el sistema y la generación a que pertenecen los hablantes, el lugar de dicha realización, el nivel sociocultural del hablante (más culto o más inculto), la actitud que se adopta al hablar (más formal o más informal), la actividad que realiza el que habla y su sexo.

El factor tiempo apunta al hecho de que toda lengua cambia día a día, y así algunos términos son sustituidos por otros, como *botica* por *farmacia*, *mercería* por *ferretería*, *góndola* por *micro*; o desaparecen completamente, como *biógrafo* por *cine*, *carro* por *tranvía*, y una buena cantidad de nombres de las monedas en el habla informal, siempre más expuesta a cambios, como *chaucha* ‘moneda de 20 centavos’, *pito* ‘moneda de 1 peso’, *media suela* ‘billete de 50 pesos’, *escudo* ‘billete de mil pesos’, *molido* ‘dinero sencillo’, etc.

En el plano fonológico, desde nuestra independencia solo se puede observar un aumento paulatino del yeísmo (*yama* ‘llama’), fuera de la aspiración de la /s/ ante consonante (*casta* /’kahta/, *esperar* /ehpe’rar/), su pérdida cada vez mayor en posición final de una palabra (*lo niño* ‘los niños’, *tre año* ‘tres años’), y la aparición de una variante del fonema que representamos con la letra <ch>, pronunciada más o menos como la <sh> del inglés: *shileno* ‘chileno’, *shoshera* ‘chochera’.

Según el lugar de realización, fuera de existir un común denominador a lo largo de todo el país, lo que favorece la mutua comprensión debida a la fuerza homogeneizadora del habla de la capital, principal centro de irradiación cultural, hay igualmente variación regional, y tanto, que, desde el punto de vista lingüístico, se han señalado cuatro zonas (nortina, central, sureña y Chiloé), siendo la más relevante la chilota por el carácter arcaico de su lengua (aún se dice *truje* por *traje*).

Factor determinante de esta zonificación es el vocabulario; así, mientras en la zona nortina se habla de la *cucarda*, el *pichel*, la *batea*, *andar calato*, en la zona central estas expresiones corresponden al *hibisco*, el *jarro*, la *arteza* y *andar en pelota*, respectivamente. En la zona sureña, en cambio, proliferan las voces de origen mapuche, poco conocidas, o desconocidas, en la zona central, como *mucre*, *mutre* o *mutro* ‘aspero al gusto’; *colloy*, *collofe* ‘cochayuyo’, y en

Chiloé, voces como *colle* ‘color café oscuro’, *murque* ‘harina tostada’, *queldón* ‘maqui’, *collulla* ‘araña pequeña’.

En el nivel fónico, las diferencias son sobre todo de entonación, en tanto que no hay mayor variación en el plano morfosintáctico.

En cuanto al factor nivel sociocultural, es claro que la gente culta no habla igual que la gente inculta, y que entre estos dos extremos hay una variedad de matices; si se combina este factor con el de la actitud, formal e informal, también con matices intermedios, se pueden distinguir cuatro variantes normativas fundamentales de habla: culta formal, culta informal, inculta formal e inculta informal. Mientras en situaciones formales el hablante culto dice *bofetada*, *barriga*, *orinar*, etc., en situaciones informales dice *charchazo*, *guata*, *hacer pichí*, respectivamente. Por su parte, el hablante inculto con frecuencia recurre a la coa, jerga de los delincuentes chilenos, y dice *choriar* por **robar**, *tira* por **policía civil**, *cana* por **cárcel**, *cantar* por **confesar**, *curioso* por **el juez que lo interroga**, etc.

Las jergas se dan en todas las actividades grupales que realizan los hablantes, sean oficios, profesiones, actividades estudiantiles, etc., jergas que actúan como distintivo de grupo y, por lo mismo, tienen fuerza de cohesión.

El habla informal, y sobre todo inculta, se caracteriza, además, por un lenguaje en que abundan las expresiones groseras (tabúes) de carácter sexual y escatológico, habla que alcanza al nivel de educación secundaria y universitaria. Característica es también la muletilla *güevón* en este nivel.

En el plano fónico del habla culta informal es habitual la pérdida de la /d/ entre vocales (*cansa[d]o*, *quema[d]o*, *aburri[d]o*) y en posición final de palabra (*verda[d]*, *realida[d]*, *virtu[d]*), y la asimilación de /r/ a la consonante siguiente (*Cal.lo* por **Carlos**, *canne* por **carne**), de /b/ (*summarino* por **submarino**), de /s/ (*il.la* por **isla**, *cinne* por **cisne**). Se agrega a esto la tendencia a simplificar los grupos consonánticos, para lo cual se procede a veces a la refundición (*refalar* por **resbalar**, *rajuño* por **rasguño**, *juja[d]o* por **juzgado**); la frecuente pronunciación del grupo [tr] con la /r/ asibilada, como en inglés (*tíatro* [= teatro], *otro*); tendencia a abreviar algunas voces (*tele[visión]*, *[telé]fono*, *micro[bús]*, *[omni]bús*, *peni[tenciaria]*); adición sistemática de /g/ ante /u/ en diptongo (*güevo* por **huevo**, *guaso* por **huaso**, *güincha* por **huincha**); asimilación (*intrínseco* por **intrínseco**, *viciversa* por **viceversa**); disimilación (*comisería* por **comisaría**, *bacenica* por **bacinica**, *pantomina* por **pantomima**, *peremne* por **perenne**); tendencia a evitar el hiato (*amoniaco* por **amoníaco**, *linia* por **línea**, *quiubo* por **qué hubo**, forma habitual de saludo; *almuada* por **almohada**, *alcol* por **alcohol**).

Dentro del mismo plano fónico, el habla inculta informal es sin duda la que más se aleja del español estándar. En general, la pronunciación es más laxa, y difiere más de la forma escrita considerada culta. Con frecuencia, en este nivel de habla se produce la confusión entre /l/ y /r/ ante consonante (*sorda[d]o* por **soldado**, *cardo* por **caldo**) y al final de una palabra (*comel* por **comer**, *salil* por **salir**, *calol* por **calor**); también la sustitución de /p/ por /k/ ante /t/ (*acectar* por **aceptar**, *Concección* por **Concepción**), la acumulación de cambios fónicos en una misma palabra (*triato* por **teatro**, *mei* por **maíz**); la vocalización de algunas consonantes en posición preconsonántica (*paire* por **padre**, *caule* por **cable**, *pauto* por **pacto**). El habla inculta informal, junto con el habla culta informal, son las que más representan la herencia andaluza en el español de Chile.

Aquello en que más repara un hablante cuando quiere caracterizar su lengua, es en el vocabulario. El léxico del español de Chile está formado a lo menos por voces 1) peninsulares, 2) criollas, 3) indígenas, 4) mestizas y 5) extranjeras.

1. De las peninsulares, la mayoría son patrimoniales, comunes a todo el mundo hispánico (*agua*, *sol*, *bueno*, *comer*, *bien*, los artículos y todos los elementos de relación, y como muletillas: *e* [e:], *digamos*, *o sea*, *entonces*, *¿verdad?*, *¿no (es) cierto?*, *¿ya?*; otras –los arcaísmos– prácticamente han dejado de tener vigencia en el español ejemplar actual (*botar* ‘arrojar’, ‘desechar’; *alcuza* ‘vinagreras’; *fierro* ‘hierro’; *pararse* ‘ponerse de pie’, etc.) y otras son neologismos (*astronauta*, *anticoncepcional*, *televisor*). Con frecuencia, entre dos o más sinónimos peninsulares, en Chile se usa sólo uno de ellos (*peluquero* frente a *barbero*, *vela* frente a *candela*, *durazno* frente a *melocotón*).

Entre las voces de este grupo hay representantes de muy diversas áreas lingüísticas, como galleguismos y portuguesismos (*bosta*, *corpiño*, *chubasco*), leonesismos (*verija* ‘ingle’, *rengo* ‘cojo’, *zuncho* ‘abrazadera metálica o plástica’), andalucismos (*barrial* ‘barrizal’, *pollera* ‘falda de mujer’, *prometer* ‘asegurar’, *escupidera* ‘orinal’) y hasta gitanismos (*chunga* ‘broma’: “hablar en chungu”), etc.

2. Las voces criollas son términos del español ejemplar que en Chile se emplean con un significado diferente, como *roto* ‘de nivel sociocultural bajo’, *volantín* ‘cometa’, *ampolleta* ‘bombilla’, *roble* ‘*Nothofagus obliqua*’ (y no ‘*Quercus robur*’) y las numerosas formas participiales en *-a* con el significado de ‘acción de...’ (*limpiada*, *repasada* ‘repaso’, *leída* ‘lectura’, construidas por lo general con la expresión *echar una*), y también se trata de compuestos y derivados

originados en Chile (o sentidos como chilenos) con estructura hispánica a partir de bases peninsulares, como *coche-cuna*, *palo blanco* ‘testaferro’, *rotoso* ‘desharrapado’, *espinudo* ‘espinoso’, *habiloso* ‘habilidoso’, *no más* ‘solamente’ (“Ayer no más recibí la carta”), y con valor enfático (“Pase no más”); *al tiro* ‘inmediatamente’ (“Voy al tiro”), *ya* ‘sí, bueno’ (“—¿Vamos al cine? —Ya”), expresiones estas dos últimas que permiten identificar a los chilenos en cualquier parte del mundo (como *che* a los rioplatenses).

3. Los términos indígenas (nombres de animales y plantas, especialmente, y de algunos objetos de la cultura material, lo mismo que una gran cantidad de topónimos a lo largo de todo el país), proceden en su mayoría, como se sabe, de la época de la conquista y, sobre todo, de la colonia, y han sido tomados de diversas lenguas del Nuevo Mundo, como el arahuaco, que proporcionó las primeras voces americanas de que se tuvo noticia en España (*ají*, *maíz*, *maní* [se conoce *cacahuete*, pero no se usa], *tuna*, *canoa*, *cacique*), el caribe (*loro*, *chancaca*, *butaca*), el náhuatl (*tomate*, *chocolate*, *chicle*, *tiza*), el tupí-guaraní (*jaguar*, *petunia*, *maraca* ‘instrumento musical’), y las más importantes en nuestro caso: el quechua (*callampa* [la que ha sustituido casi enteramente a *hongo*, restringido al lenguaje técnico], *choclo*, *poroto*, *cóndor*, *papa*, *guagua* ‘bebé’ y numerosos topónimos), el aimara (*choclo*, *quirquincho*, *palta* [se conoce *aguacate*, pero no se usa], y otras que pueden ser igualmente del quechua) y sobre todo el mapuche (*charquicán* ‘un guiso’, *copihue* ‘una planta’, *cholg(u)a* ‘un *Mytilus*’, *diuca* ‘un ave canora’ y numerosos topónimos).

4. Las voces mestizas son derivados y compuestos chilenos con estructura hispánica, de bases indígenas, como *colchagiino* ‘de la provincia de Colchagua’, *temucano* ‘de la ciudad de Temuco’, *iquiqueño* ‘de la ciudad de Iquique’, *apequenarse* (del map. *pequeñ* “*Strix cunicularia*” Mol., ave rapaz) ‘envalentonarse’, *enguatarse* (del map. *wata* [de aquí *guata*] ‘la panza’) ‘ahitarse’, en el caso de los derivados, o una combinación de voces indígenas e hispánicas en el caso de los compuestos, como *choro* (del quechua *ch’uru*) *zapato* ‘un *Mytilus* grande y de valvas negras’, *locro* (del quechua, íd.) *falso* ‘un guiso’ y muchos otros.

5. Los extranjerismos, la gran mayoría de uso internacional, pertenecen a muy diversas lenguas de los cinco continentes, y en muchos casos nos han llegado junto con la lengua española, pues han contribuido a configurar el español ejemplar, como ocurre con muchas voces griegas (tecnicismos en su mayoría), árabes (con el artícu-

lo *al* o su variante *a*, incorporados muchas veces: *alcohol*, *almohada*, *azúcar*, *aceite*), hebreas (*amén*, *aleluya*), persas (*talismán*, *tambor*), germánicas (*guerra*, *espuela*, *ropa*), francesas (*jardín*, *cofre*, *monje*), italianas (*piano*, *tenor*, *fachada*), chinas (*charol*, *té*), japonesas (*biombo*), turcas (*diván*, *quiosco*), malayo-polinésicas (*cacatúa*, *orangután*, *tabú*), dravídicas (*pagoda*, *paria*, *catre*, a través del portugués). Posteriormente, el vocabulario del español de Chile se ha incrementado con términos de casi todas estas mismas lenguas y de otras, como el inglés, sin duda la más influyente de las lenguas modernas (*boom* [bum] ‘impacto’, ‘auge repentino’; *cóctel*, *estándar*, *¡aló!*, interjección con que se inicia o restablece la comunicación telefónica [“¡Aló!, ¿con quién hablo?”], y a veces también cualquier tipo de comunicación [“¡Aló!, ¿no hay nadie aquí?”], y las numerosas voces del lenguaje deportivo, como *fútbol*, *box*, *tenis*, *hándicap*; del lenguaje de la computación, como *e-mail* ‘correo electrónico’, *software* ‘soporte lógico’, *chat* ‘conversación a través de la computadora’; del comercio, como *dumping*, *marketing* ‘mercadotecnia’, *rating* ‘medición de audiencia’, etc.), el japonés (*yudo*, *karate*, *harakiri*), el alemán (*berlín* ‘pastel relleno con mermelada’, *kuchen*, *schop* ‘vaso de cerveza de barril’), lenguas africanas (*cachimba*, *chimpancé*, *milonga*), indias (*nirvana*, *yoga*, *gurú* ‘guía espiritual’) y tantas otras. Cuando se conoce la lengua de origen, se procura reproducir lo mejor posible la pronunciación del original.

Los ejemplos dados corresponden a préstamos, pero los hay también de calcos, como *disco larga duración* (ing. “long play”), *reunión en la cumbre* (ingl. “summit conference”), *cortina de hierro* (ingl. “iron curtain”), *jardín infantil* (al. “Kindergarten”), etc., algunos de los cuales, como en otros casos, han desplazado a los préstamos correspondientes o bien compiten abiertamente con ellos.

Importa señalar que, fuera de las voces peninsulares patrimoniales, en los demás aportes léxicos no ocurren elementos de relación.

Se advierte asimismo que en varias áreas (sobre todo en las tabúes) la mujer mayor presenta por lo general un vocabulario activo claramente diferenciado con respecto al hombre.

No es fácil predecir el futuro de nuestra manera de hablar: seguirá, naturalmente, evolucionando, mostrándose como más conservadora el habla culta formal, la que, en general, se atiene a la forma literaria, tanto en el nivel fónico (apegada al grafema) como morfosintáctico y léxico. En este último nivel seguirán proliferando los anglicismos en la medida en que los anglosajones lideren el campo de la ciencia y de la tecnología, especialmente la informática. Como en toda lengua, aparecerán nuevas voces y desaparecerán

otras. En el campo de la morfosintaxis se irá imponiendo la concordancia del artículo con el nombre de un oficio, profesión o cargo (*la ministra, la abogada, la carabinera, la dirigente*). Continuarán los fenómenos conocidos como *queísmo* (supresión de la palabra *de* y alguna otra preposición necesarias gramaticalmente, ante *que*: *estoy convencido que...*) y *dequeísmo* (uso gramaticalmente innecesario de la palabra *de* antes de *que*: *creo de que*), y el empleo errático de las preposiciones, amén de la proliferación del diminutivo (*arribita, abajito, ayayaicito*). Continuará considerándose como “vulgar” el uso del pronombre *vo[h]* en lugar de *tú*, pero solo como informales las formas verbales correspondientes que se construyen con *tú* (*prestái* “prestas”, *prestíh*, “prestes”, *comíh* “comes”, *comái* “comas”, *subíh* “subes”, *subái* “subas”). En cuanto a la pronunciación, seguirá escuchándose, entre otras cosas, la /b/ como labiodental, sobre todo cuando se escribe con <v>.

Tanto el habla culta informal como el habla inculta continuarán presentando los mismos fenómenos más arriba indicados, dominados por factores más emotivos que racionales.

La juventud, si no estudia y lee más, seguirá caracterizándose por su desinterés por la lengua, lo que se traduce en pobreza de vocabulario, atentados contra la morfosintaxis y pronunciación muy informal.

Finalmente, la prensa, oral y escrita, tiene, en materia de lenguaje, una responsabilidad que, en general, no ha asumido, pues son frecuentes en ella las desviaciones de la norma culta que se detectan. Su mal ejemplo no permite augurar un mejor futuro para el español que se habla en Chile.